

Hablar aún de la Guerra de Argelia

LYOTARD Y VIDAL-NIQUET

La conversación que presentamos al lector apareció publicada en el suplemento de libros del diario francés *Liberation*, con fecha de 9 de noviembre de 1989, páginas 30 y 31. La intención que nos movió a ofrecerla íntegramente a la revista **Cuaderno Gris** pretendía hacerse eco de la reapertura de un debate en torno a un acontecimiento histórico que implicó tantas vidas y conciencias entre los franceses de otrora. Después de treinta y cinco años del comienzo de la guerra de Argelia (noviembre de 1954), los dos intelectuales franceses, Lyotard, por entonces marxista, y Vidal-Naquet *dreyfusard* (*), reeditan al mismo tiempo sus ensayos de la época. En *La Guerra des Algériens*, Jean-François Lyotard reagrupa doce textos redactados entre 1956 y 1963 que revelan el testimonio de una doble fidelidad. La primera con respecto al grupo *Socialisme ou barbarie*, cuya influencia se dejó sentir en los años cincuenta por su radicalismo y probidad. La segunda para una ciudad, *Constantine*, donde el autor impartió clases de 1950 a 1952. En cuanto a Pierre Vidal-Naquet, publica dos libros, a saber: *L’Affaire Audin*, en una nueva edición revisada y aumentada con su investigación sobre la desaparición, en junio de 1957, de un matemático de la universidad de Argel, militante comunista arrestado y torturado hasta la muerte por los paracaidistas; crimen de guerra que dio origen a una gran movilización contra la tortura y cuyo proceso judicial no finalizó hasta 1978. Por otra parte tenemos *Face à la raison d’Etat*, que reúne diversos artículos escritos a lo largo de treinta años y que van desde el caso Audin hasta las revueltas argelinas de octubre de 1988, en los que se afirma la personalidad de un hombre que como historiador no ha cesado nunca de combatir. La comparación de los análisis es iluminadora. El joven filósofo marxista descubre en la guerra de Argelia un nuevo desgarrón de la lucha revolucionaria y presiente que la política dejaba o iba a dejar de ser el marco privilegiado en el que lo intrabable toma cuerpo; en tanto que el especialista en historia antigua, que entró en historia como otros abrazan la religión, convencido de que su oficio era ser testigo de la verdad, trueca, desde 1957, la lucha contra la tortura en Argelia en una nueva batalla de *dreyfusard*, con la pluma como arma. Aquél, un militarista que se pliega a la fluctuación de los eventos con el fin de aprehenderlos mejor; éste, autor de un nuevo *J’accuse!* que anuncia al actual defensor de los derechos humanos. He aquí dos figuras del intelectual comprometido que se vuelven a encontrar hoy ante la necesidad de no olvidar lo que algunos perfilan como un verdadero tabú de la Quinta República.

Con todo, puede decirse que la ola de nuevas publicaciones que, en seis meses, ha puesto en las librerías una veintena de ejemplares entre novelas, recuerdos y estudios, nada

(*) No debe traducirse, pues corresponde a una realidad propiamente francesa.

tiene de excepcional, pues, sea lo que fuere lo que se ha afirmado sobre tirar del hilo quebrado o extinguir las cenizas mal apagadas, la marea de publicaciones consagradas al drama argelino desde 1962 no se ha estancado. Mas es el tono, la distancia, la minuciosidad, la relativa calma con la que se aborda el tema lo que resalta en las páginas de 1989. Como si algo se estremeciera en la conciencia colectiva y adelantara el momento de la conclusión liberadora para acabar con esa "maldita guerra" y lograr de una bendita vez fijar su recuerdo.

Enrique Aguado

Pierre Vidal-Naquet.—Hace poco más de un año, tuve la sensación de que hacía falta hablar con gentes distintas a aquellas que nos habían escuchado —o no, tal vez— por entonces, y que el tercio del siglo que ha transcurrido desde aquel momento se había convertido en una especie de sima: hacía falta, pues, hablar. Pero no podía hacer lo que has hecho tú, es decir, volver a publicar esos textos tal cuales, con simplemente un bonito prefacio de Mohammed Raurdani. Yo estaba sobre un terreno más movedizo, menos profundo con respecto a un plano teórico.

Jean-François Lyotard.—La petición para que volviese a publicar mis artículos vino de los estudiantes e investigadores que no los encontraban. No he querido tocar nada, sólo situar su tenor y método.

P. V.-N.—En principio había decidido publicar sin una organización precisa. Le llevé el conjunto a Vérôme Lindon. Me dijo: "no puede publicarse esto así". Después se los llevé, siempre sin organizar, pero con algunas notas explicativas, a François Gèze. Éste y Lindon discutieron a continuación para ver si no podían repartirse los escritos y Lindon dijo: "me quedo con el asunto Audin". Me acordé entonces que había podido consultar los escritos del ministerio de justicia y comprobar qué había sido de este caso en los meandros de la administración política y judicial. Dado que Lindon me obligaba a construir un libro, he hecho otro libro a partir del primero. Eso me ha permitido a la vez establecer cómo el sobreesimiento otorgado al asunto Audin se había fraguado casi un año antes del final de la guerra, y con el

ministro Edmond Michelet, del que se quiere hacer hoy un santo.

J.-F. L.—Hay una distancia entre nosotros. Tus libros, *L'Affaire Audini* o *Face à la raison d'Etat*, guardan su actualidad. Se inscriben en la corriente de defensa de los derechos humanos, que es y continuará siendo de actualidad, creo, durante no poco tiempo. Merecían, pues, que se los pusiera al día para que hallaran eco en el contexto presente. En cambio, la guerra de los argelinos ha terminado y he vuelto a publicar estos artículos como testimonio de algo pasado. No debe continuarse hoy con los mismos términos, según las mismas categorías socio-históricas, la búsqueda de lo que me interesaba en la guerra de Argelia, lo que denominé esa fuerza de resistencia que va más allá de las sociedades humanas, lo intratable.

P. V.-N.—Segunda diferencia: tus artículos los escribiste en el marco de una doctrina muy concreta, la del grupo *Socialisme ou barbarie*. Mi propósito era distinto: desde el caso Audin, ha sido buscar el escándalo, instalarme, en cierta manera, en la vía pública.

J.-F. L.—Actuabas como un intelectual en el sentido más noble del término, en la tradición de Voltaire, Zola et Jauries, que citas como tu modelo. Tal función exigía un *J'accuse!* Pertenecías, al menos al comienzo de la guerra de Argelia, a ese grupo de críticos que denominas como *dreyfusards*.

En *Face à la raison d'Etat*, estableces tres grupos: *dreyfusard*, bolchevique y tercermundista. En cuanto a mí, Argelia me hizo

escapar a los errores de la mayor parte de mis coetáneos, entre los que cuento tres tipos: el reformismo vago, el estalinismo piadoso y el izquierdismo fútil. Más o menos corresponde a tu clasificación. Para mí, ¡eras un reformista vago!

Los que tú llamas los bolcheviques eran, para mí, estalinistas piadosos. Los tercermundistas, con variantes totskistas, eran izquierdistas fútiles. Mi clasificación, digamos que es belicosa.

P. V.-N.—Rompí la mía después de haberla creado. Cada uno de nosotros se dividía entre los tres grupos que he definido.

J.-F. L.—Salvo los dreyfusards, a los que pertenecías.

P. V.-N.—Con la sola excepción de que el asunto Audin no podía ser el caso Dreyfus. Por un lado, porque Audin no era ajeno a la guerra de Argelia y, por otro, porque el colonizado era un hombre violento, no un inocente.

J.-F. L.—También una víctima. Y así mismo sufre una denegación de justicia.

P. V.-N.—Sí, pero aislar el caso Audin, como se pudo hacer al principio, era evidentemente un juego un tanto peligroso.

J.-F. L.—*Face à la raison d'Etat* te presenta como un historiador francés en la guerra de Argelia.

La guerre des Algériens me presentó más bien como un combatiente internacionalista, y no particularmente francés. Los que lean nuestros libros también tendrán la sensación de que no hablamos de la misma cuestión.

P. V.-N.—Sin duda. Me di cuenta de hasta qué punto era francés y cómo no acertaba a medir la profundidad de lo que tú denominas la diferencia. Dicho esto, escuché la noticia de la firma de los acuerdos de Evian en compañía de un argelino.

J.-F. L.—No acertabas a medir, pero calculabas los efectos que tendría sobre cierta idea de República: casi siempre estás metido en tu tarea de historiador —digo casi, porque habrá una excepción que querría re-

cordarte—, de alguien que es testigo y que presenta contra las denegaciones de justicia hechos en nombre de una República que se declara justa. Tienes, pues, relaciones con los miembros del apartado del Estado, sobre todo en la Cuarta República, que se explican perfectamente para alguien que quiere dar testimonio.

P. V.-N.—Tengo relaciones con miembros del apartado del Estado que han sido expulsados de él o que le han traicionado. Buscaba traidores.

J.-F. L.—Necesitas a esos traidores porque son testigos probos. No son traidores más que con respecto a la razón de Estado. En cambio, yo me hallaba tremendamente aislado no sólo como miembro del grupo SOB (*Socialisme ou Barbarie* —N.D.L.R.), pero quizás también a título individual. Las únicas personas con las que traté en ese movimiento fueron —aparte de los militantes nacionalistas de Constantine, entre 1950 y 1952— los argelinos del FLN, cuando se organizó la red de apoyo. Pertenecía al grupo de Curiel, con el que me había visto una sola vez. Tú estabas con la atención puesta en Francia, yo en los argelinos. Como afirmas en *Face à la raison d'Etat*, para ti lo esencial fue la batalla contra la tortura.

P. V.-N.—Sin pertenecer a una red de apoyo propiamente dicha, no era totalmente ajeno a aquel mundo. En cuanto a la batalla contra la tortura, se trataba de una batalla política.

J.-F. L.—Sí. En mis páginas no hay casi nada sobre la tortura.

P. V.-N.—Una alusión aquí o allá, pero como algo tan conocido que merece la pena que hablémos de ello.

J.-F. L.—Puse mi atención esencialmente en la guerra de los argelinos, siguiendo antes bien un énfasis del poder que una épica republicana, sin duda. ¿Qué ocurre en el interior del FLN?, ¿cuáles son las relaciones de fuerza entre los diferentes elementos en juego en el seno de la resis-

tencia argelina? Si apenas hablo de la tortura, no es sólo porque ya era muy conocida gracias a vuestros artículos, sino porque, para el militante radical que era, un Estado, por hipótesis y constitución, no debe dudar en emplear todos los medios a su alcance. Para restablecer una Argelia francesa, emplearía evidentemente todos los medios. Dicho de otra forma, no vería a propósito de la tortura un escándalo teórico, incluso si, claro está, a título de ser humano todo esto me era absolutamente insoportable.

P. V.-N.—Yo era un *dreyfusard*, como se ha dicho, lo que no impide que como a muchos otros, los que me han parecido más próximos fueran los miembros de *Socialisme ou barbarie*. Albergué ciertas esperanzas sobre Argelia, absurdas por completo, mientras que tú atisbaste muy rápido la llegada de una burocracia, ya entre 1958 y 1959. Hablas de embrión burocrático, expresión que era la apropiada. Sin embargo, lo que me sorprende en tus escritos es la ausencia de lo político. Son análisis marxistas y la debilidad de los análisis marxistas consiste finalmente en que no saben qué hacer con lo político. En cierta ocasión te preguntas por lo que va a ocurrir: ¿se devolverá el poder económico a los colonos y el poder político a los nacionalistas? Ahora bien, es evidente que a partir del momento en que los nacionalistas tuvieran el poder político, el poder económico de los colonos desaparecería *ipso facto*. De modo paradójico, una de las pocas cosas que no habían previsto fue la evacuación de los colonos de Argelia. Yo tampoco, lo reconozco.

J.-F. L.—No se podía prever, en todo caso no antes de 1961, cuál sería al final la línea dominante. Después de todo, la hipótesis de una conciliación no podía excluirse. En cuanto al problema de lo político en el marxismo, no es tan sencillo como aseguras. Pero esta guerra de Argelia me ha obligado a revisar mi primer marxismo: entré en el grupo SOB como joven marxista, es de-

cir, muy tenaz y economista, lo que se ve perfectamente en el primer artículo. Esta guerra me obligó a reconsiderar la cuestión de las clases, sobre todo en el ensayo que lleva por título *Le contenu social de la lutte algérienne*. No era posible continuar analizando la resistencia argelina simplemente como conflicto de clases. El movimiento sacude a todas las clases argelinas, tan pronto es el campesinado el que toma la iniciativa como la juventud de las ciudades. La resistencia provenía, como se decía con cierta desconfianza en el vocabulario marxista de la época, de "todas las clases en confusión"

P. V.-N.—Hay, a pesar de todo, una paradoja en tus análisis del momento que en su conjunto sorprenden por su lucidez. Decías que la respuesta a la pregunta estaría finalmente en la actitud de De Gaulle frente a la lucha de clases en Francia. Ahora bien, la lucha de clases en Francia se manifestó muy poco. No hubo ninguna. Y no dejas de repetir que la clase obrera no ha intervenido masivamente en la guerra de Argelia.

J.-F. L.—Lo digo a partir de 1960. La cuestión corresponde a una discusión en el seno del grupo acerca de lo que entendíamos por capitalismo moderno, y que partía del hecho de que no había solidaridad internacionalista de la clase obrera francesa. Estaba, pues, a la orden del día la idea de la despolitización. Pero tal despolitización era mucho más que una despolitización, he tardado muchos años en comprenderlo. La dificultad estaba en la toma de conciencia de que no había quizá más alternativas a la dominación capitalista.

P. V.-N.—¡Sí, la barbarie!

J.-F. L.—La barbarie de la dominación completa del capitalismo. Para mí, como para Castoriadis, Lefort y todos nosotros, era demasiado pronto para romper con toda una lectura de la Historia que reposaba sobre el principio esencial de que existía una alternativa posible al capitalismo. Al dejar simplemente el grupo Poder Obrero, tras la

escisión entre SOB y Poder Obrero, me dije: todo debe volver a empezar, lo intratable pasa por otra parte

P. V.-N.—Hay un aspecto sobre el que nuestros análisis convergían, a saber, que en la Argelia francesa se había esbozado un Estado totalitario. Ninguno de los dos empleábamos esta palabra para referirnos a cualquier cosa. No hablábamos de fascismo en Francia, ni bajo Mollet ni bajo De Gaulle, pero tú escribías que un fascismo se había instaurado en Argelia en el año 1958, con incluso rasgos de contrarrevolución permanente.

J.-F. L.—En el momento en que se inviste a Massu como prefecto en Argel.

P. V.-N.—No hay duda. Dicho Estado totalitario entraba directamente en una contradicción de naturaleza política con el que nosotros teníamos en la metrópoli, y era éste un problema político que había que resolver

J.-F. L.—Sin embargo, el grupo se negó siempre a caracterizar la concesión de De Gaulle al poder como un signo de totalitarismo, cuando, en el fondo, era el grito de toda la izquierda de la época.

P. V.-N.—En absoluto, pues, además de este grupo, estaba Edgar Morin, las revistas *Arguments* y *Le 14 Juillet*, y Serge Mallet en *Les Temps Modernes*. ¡Aun así, no todo el mundo escribía cualquier cosa!

J.-F. L.—Los falsos gritos de alarma venían en general de los estalinistas o de los trostkistas. He dicho que advertía una excepción en lo que atañe a tu función de historiador. Esta se halla presente en *Un Eichmann en papier*, uno de tus artículos más sobresalientes, en el que nos obligas a una suerte de desesperación en cuanto a la posibilidad de continuar desempeñando la función de intelectuales.

Había una sorprendente melancolía en esas páginas que ha desaparecido en los dos prefacios. Yo mismo he tenido la sensación de que hay en tus escritos actuales, en relación a la guerra de Argelia, una es-

pecie de confirmación de que ese lugar debe ocuparse siempre.

P. V.-N.—Sí, pero sin ilusiones.

J.-F. L.—Pero nunca he hablado de ilusiones. La resistencia a la Razón de Estado no es una ilusión. Si nos colocamos desde el punto de vista del valor de la justicia en la ética republicana, resulta evidente que la resistencia a la Razón de Estado debe acometerse de un modo permanente. Pero en tu *Eichmann en papier*, te preguntas si puede cumplirse cuando se encuentran personas de tan mala fe como los revisionistas. Hace tiempo que acabaron con tu confianza.

P. V.-N.—La traicionan siempre. Sobre esto nada tengo que cambiar y creía haberlo dejado entender. El último ensayo de *L'Affaire Audin* en su nueva versión y que lleva por título *Chronique d'un déni de justice*, es, sobre todo, el testigo de la impotencia.

J.-F. L.—Antes bien lo he leído como la crónica del carácter interminable de este papel de testimonio, es decir, que no se acaba porque siempre se encontrará alguien, en contacto con los aparatos del Estado, que le tapaná la boca.

P. V.-N.—Habría debido titularle "¡Crónica de un fracaso!"

J.-F. L.—No, no diría tampoco un fracaso, pues continuarías de todas formas. Pero esa melancolía es simplemente la melancolía de los hombres que han envejecido, que saben que su labor no se habrá rematado por haber prestado una vez su testimonio ante una denegación de justicia. Que saben que la denegación continúa y que se infiltra de modo casi permanente en el funcionamiento de los aparatos del Estado, incluso con el nombre de República y de Justicia. Mientras tanto, en el *Eichmann en papier*, decías con una especie de desesperación: "pero, ¿de qué sirve finalmente testimoniar?" La conciencia de la infinitud de una empresa es una cosa y la conciencia de su inutilidad absoluta es otra.

P. V.-N.—No entiendo esa diferencia

como trascendente. Se trata de una especie de melancolía fundamental.

J.-F. L.—Aun así, ¿no la sentías en la época de Audin!

P. V.-N.—No la sentía en absoluto, ¡esperaba ganar! Era ésta mi ilusión.

J.-F. L.—Y has ganado ampliamente.

P. V.-N.—No he obtenido lo que quería obtener, es decir, el procesamiento del tenniente Charbonnier.

J.-F. L.—Claro. No ha habido revisión en sentido estricto. Pero ha bastado, por lo menos, para aclarar a la opinión francesa. Queda un problema que debe interesar al historiador que eres: cómo, a propósito de una misma cuestión finalmente, que se llama Argelia 1954-1962, son posibles dos aproximaciones tan diferentes. Es cuando menos hartamente impresionante.

P. V.-N.—Tal vez son menos diferentes de lo que dices. A partir de 1960, es cierto, me interesé mucho más por los argelinos que en 1957-1958. He conocido a no pocos en Caen o en otros sitios y he participado, en cierto modo, a la mitología de la revolución argelina. Dicho esto, también consideré incluir en este libro un análisis de 1962 que no puedo leerlo hoy sin ruborizarme un tanto. Lo he incluido para mostrar cómo se puede uno equivocar al interpretar el mundo argelino a partir de las categorías republicanas y socialistas francesas. Por otro lado, en tu propio libro, no tengo la impresión de que el vocablo "Islam" aparezca muy a menudo.

J.-F. L.—Algunas veces. Avalado por el grupo, me puse a trabajar a fondo sobre la historia del Islam. De sus orígenes a nuestros días. Tenía la intención de continuar Conocí, durante dos años, y de verdad que muy de cerca, Constantine, ciudad que era ciertamente una ciudad argelina, con una minoría de franceses. Allí estaba en contacto directo con los militantes comunistas, los sindicalistas argelinos, los obreros agrícolas y también, por mediación de mis estudiantes, con miembros del M.T.L.D. (*).

Comprendí hasta qué punto los argelinos eran poco musulmanes. O, como decían los otros países islámicos, pésimos musulmanes. Esta especie de recurso reaccionario a la tradición islámica tenía algo de profundamente artificial en relación a la realidad de la cultura argelina, que era en el fondo extraordinariamente difícil de aprehender en su singularidad.

P. V.-N.—Sí, pero no sospechabas probablemente más que yo que Ben Bella llegaría a Túnez proclamando: "¡somos árabes, árabes, árabes!", y que trataría de levantar su poder sobre tal proclama.

J.-F. L.—No lo creí así; pensé que era absolutamente cierto para Boumedienne y el Estado Mayor, pero no para Ben Bella. Ben Bella era un afrancesado, pero sabía muy bien que si no proclamaba esto el ejército, le arrestaría y no viviría más de tres días.

P. V.-N.—Has sido uno de los pocos que comprendió cuál sería el cometido de este ejército de Boumedienne en la Argelia independiente. Una última pregunta: ¿cómo reaccionaste ante el levantamiento argelino de octubre de 1988 con el que terminé mi libro y cómo lo interpretas hoy?

J.-F. L.—Estoy de acuerdo con tu análisis. En el fondo, no me ha sorprendido. Creo que el peso de ese aparato que se ha convertido en corrupto y casi inútil en relación a la trayectoria del país, incapaz de ofrecerle un horizonte, era a la fuerza insoportable, incluso en los pequeños detalles. No sé si se quedará así, hoy hace un esfuerzo para volverse a adaptar, pero, ¿lo logrará?

P. V.-N.—Esta burocracia, que se hallaba en estado embrionario en 1960, no ha

(*) Siglas del Movimiento por el Triunfo de las Libertades Democráticas, partido nacionalista argelino creado en 1964 a partir del Partido Popular Argelino de Messali Hadj, fundado en 1937 y que en 1954 se escindirá en el Movimiento Nacional Argelino y en el Comité Revolucionario de Unidad y Acción (predecesor de FLN). (N. del T.)

podido nunca desarrollarse plenamente entre 1962 y 1988

J.-F. L.—De hecho no tiene ideología, no puede mantener un discurso coherente. Haría falta que fuese o resueltamente marxista o francamente islámica, en fin, "árabe" en el sentido actual de la expresión. Pero no parece que sea éste el caso y se diría que casi se trata de la burocracia turca de principios del siglo xx.

Conversación compilada
por Antoine de Gaudemar
Presentación y traducción
a cargo de Enrique Aguado
Araújo

Bibliografía sucinta

Courrière, Yves: *La guerre d'Algérie*, Fayard, París, 1971 (4 vols.). Libro clásico; el resto de la bibliografía son novedades.

Eveno, Patrick; Planchais, Jean: *La guerre d'Algérie*, La Déconverte/Le Monde, París, 1989. Compilación de documentos y testimonios.

Le Goyet, Pierre: *La guerra d'Algerie*, Perrin, París, 1989.

Lyotard, Jean François: *La guerre des algériens. Ecrits 1956-1963*, Galillé, París, 1989. Selección de textos y presentación a cargo de Mohammed Ramdani.

Vidal-Naquet, Pierre: *Face à la raison d'Etat. Un historien dans la guerre d'Algerie*, La Déconverte/Essais, París, 1989.

Iolem: *L'Affaire Audin (1957-1978)*, Minuit, París, 1989.